

SOBRE LA IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

por CARLOS MARTINEZ VALVERDE

Capitán de Navío

«Siendo insuficiente la experiencia de uno solo, se tiene que apelar a la de la Humanidad, estudiar en la Historia la causa de todas las victorias y clasificarlas, metodizando esas causas, ordenándolas en cuerpo de doctrina» (1)

(VILLAMARTÍN)

No vamos a analizar exhaustivamente todas las razones que existen para que el hombre estudie lo que hicieron los que le precedieron, su modo de ser, su civilización, los conflictos entre los pueblos... En este trabajo tan sólo se muestran razones de tipo de utilidad militar, para estudiar algunos aspectos de la Historia.

LA HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA

Podemos reforzar las palabras de nuestro insigne tratadista militar que encabeza estas líneas, con la idea que sobre ella expresa otro autor de estos últimos tiempos, conocido por sus trabajos sobre la Guerra Mundial II: Liddle Hart. Dice: «Existen dos formas de experiencia práctica, la directa y la indirecta, y de las dos puede ser esta última la más valiosa, pues tiene siempre sobre la primera, la superioridad de su mayor variedad y extensión» —y subraya— «la Historia es la experiencia universal, es la experiencia no de uno, sino de muchos hombres sometidos a las condiciones más diferentes» (2). Aún otro: Maham,

(1) *Nociones de Arte Militar.*

(2) *The Strategy of indirect approach (La estrategia de aproximación indirecta).*

algo más antiguo, un reconocido prestigio en los conceptos navales, se expresa: «el estudio de la Historia Militar es fundamento de los conocimientos prácticos útiles y de las reglas que han de regir el futuro».

Los grandes capitanes que en el mundo han sido, así lo entendieron, y la mayoría de ellos, antes o después, bebieron en las fuentes de la Historia Militar de los pueblos. Estudiaron las guerras con sus hechos de armas, sus causas y sus consecuencias, y estudiaron la filosofía de la Historia. No hicieron otra cosa que seguir lo que recomendaba Napoleón: «El que quiera ser un gran capitán o iniciarse en los misterios del arte de la guerra, lea y relea las campañas de Alejandro, Aníbal, César, Gustavo, Turena, Eugenio y Federico... Y en guerra naval tenemos a Maham (3), a Colomb (4), Thursfield (5), Corbett (6), a Castex (7)... Recorriendo sus páginas se ve que todas sus enseñanzas, todas sus sabias teorías, se basan en la Historia, es decir, son la experiencia de guerras y campañas.

En estos tiempos en que tiene innegablemente enorme importancia el progreso (siempre lo tuvo, pero parece que ahora se insiste más y más en proclamarlo), la potencialidad económica, necesidad mayor, sin duda, que en otras épocas; en estos tiempos en que absorbe totalmente la mente de muchos la inquietud por lo conocido, de un modo demasiado limitado, con el nombre de «Técnica» (8), es muy necesario romper una lanza por el estudio general de la Historia, conocida, con justicia, como «Maestra de Vida». Algún apasionado detractor de ella la llamó despectivamente «montón de polvo» (9), pero aunque algu-

(3) ALFRED THAYER MAHAM, *Influence of sea power upon History* (1890) y *Naval strategy* (1911). (*Influencia del Poder Naval y Estrategia Naval*).

(4) PHILIP HOWARD COLOMB, *Naval Warfare* (1891) (*Guerra Naval*).

(5) J. R. THURSFIELD, *Naval Warfare* (1913).

(6) SIR JULIÁN CORBETT, *Some principles of Maritime Strategy*, 1911.

(7) AMIRAL CASTEX, *Théories Stratégiques*.

(8) Me refiero al concepto erróneo de algunos que tan solamente comprenden en el nombre de «Técnica» lo relativo a modernas armas o aparatos, entusiasmándose más cuanto mayor es el cúmulo de cálculos matemáticos con que exponen los fundamentos más remotos de aquéllos. «Técnica» responde realmente a un concepto más amplio, pues se entiende por tal «el conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve una ciencia o un arte, o la pericia o la habilidad para usar de los procedimientos y recursos». Técnico es, pues, «el que posee los conocimientos especiales de una ciencia o arte».

(9) AUGUSTINE BIVIELL: Estadista inglés. Citado por el C. de N. Roskill en el número de enero de 1966, de la revista «United States Naval Institute Proceedings», en su artículo *¿History: Dust heap or cornerstone? (La Historia: ¿Montón de polvo o piedra?*

nos encontrasen hechos históricos como inútiles, para la realización de sus actividades, muchos de los hechos y fenómenos cuyo estudio es tenido, por ellos, como inútil, sirven para otras personas dedicadas a otro sector de nobles e importantes actividades. En todos los casos es interesante, en muchos es útil y en muchos imprescindible, saber cómo fueron nuestros antepasados, sus usos, sus costumbres y también su modo de reaccionar. Muchas de las noticias, del Pasado, son constitutivas de tradición y ella nos distingue, en grado sumo, en algunas profesiones. Pero, refiriéndonos a la Historia, que pudiéramos llamar seleccionada, es decir, a orientaciones adecuadas de su estudio, con finalidad dirigida, según a quien se trate de formar con aquél, podemos afirmar con Alexis Carrel (10) «que la Historia no puede arrinconarse: que, por el contrario, debemos hacer uso del Pasado para prever el Futuro y preparar nuestro destino». Muchos en realidad —podemos añadir— desprecian el estudio de la Historia Militar, porque desconocen sus alcances. Una vez que los descubren se quedan admirados de las enseñanzas que les brinda esa Historia «orientada» o «dirigida» y de sus efectos formativos en distintos aspectos.

Por mi parte, y después de muchos años dedicado a la formación de hombres en distintos niveles, en la Armada, puedo afirmar la necesidad del estudio metódico de la Historia, orientándola en varios apartados o «estratos» a «grosso modo», y empleo esta expresión, pues creo no debe existir una separación rígida y terminante entre esas orientaciones, como pudiera hacerse con mamparos estancos, sino que, por el contrario, existen «zonas» comunes. Es muy importante el arte de escribir Historia, es decir, la Historiografía; el historiador, siendo siempre veraz, debe encaminar su texto a la comprensión y a las materias adecuadas, según a quien se dirijan esas enseñanzas. El profesor, el aleeccionador, el formador, que conoce más aún el modo de ser de los alumnos, o de sus hombres en general, y la misión que tienen encomendada, debe también insistir en los puntos más convenientes para llevarla a cabo.

Uno de estos «estratos» de que antes hablé, es el que pudiéramos llamar «Historia heroica», historia apasionante, orientada especialmente a los que empiezan, a los jóvenes que han elegido el Servicio de las Armas en cualquiera de los Ejércitos, a los Caballeros Alumnos de los primeros años de las Academias Militares; también a los Suboficiales, y a los soldados y marineros que cumplen su ser-

(10) *The Man the unknown (La incógnita del hombre)*.

vicio militar. En este estudio, con mayor o menor extensión o intensidad, según a quienes va dirigido, se les debe imbuir la grandeza de la noble profesión, voluntariamente escogida por ellos o a la que les llevaron sus deberes ciudadanos. Con las enseñanzas del Pasado, con el conocimiento de los hechos de los que les precedieron, se les debe inculcar que deben estar orgullosos de ellos y de la profesión militar. Esto no puede hacerse, ciertamente, con estudios de los que pueden incluirse en el grupo de las llamadas «materias técnicas». Técnicas que, incluso, a veces, por su naturaleza abstracta, hasta aparecen apartadas de la profesión militar, aunque en realidad sean importantísimos auxiliares de ella, pero auxiliares al fin. El conocimiento de esas materias no basta para inculcar a los hombres que en esa profesión de las armas, en defensa de sagrados ideales e intereses, merece la pena sufrir incomodidades y fatigas, calamidades y hasta la muerte. Hay que hacer que los hombres conozcan que otros que les precedieron así lo entendieron y que se sacrificaron por ellos, cuando aún no pensaban nacer incluso, pero que, aun así y todo, ya estaban incluidos, claro está, en el complejo Patria, que lo mismo es Futuro que Pasado. Que deben agradecerse y tomarles como guía, como ejemplo.

El único medio de conseguir todo esto, en los tiempos de paz, es por medio de la Historia y aplicar su conocimiento, convenientemente, a la formación de la moral de los posibles combatientes; pues pueden ser convertidos en tales en cualquier momento (11). En esta fase de estudio histórico-moral, se deben presentar las acciones de nuestra Historia Militar, haciendo hincapié sobre las victoriosas: hay que crear en los hombres una «moral de victoria»; hay que causarles una sensación en donde la voluntad de vencer esté animada con la confianza en la capacidad de vencer de nuestras armas. Todo, considerado y razonado convenientemente, para no llevar a falsas interpretaciones y a excesiva confianza (12). Han de ser presentadas,

(11) Dice el Teniente de Navío francés BAUDRY de modo muy rotundo en su *Batalla Naval*: «La Marina de Guerra está hecha para batirse y puede ser que mañana mismo. No es una entidad pacífica de regatas, de puerto y de buen tiempo. La guerra y la batalla, deben ser nuestro constante pensamiento y debemos hablar frecuentemente de ello para estar seguros que no lo olvidamos».

(12) El Capitán de Navío británico, S. V. ROSKILL, en su artículo citado en la nota 9, *History, Dust Heap or Cornerstone*, presenta este fenómeno de la excesiva confianza en sí mismo en la guerra anglo-americana de 1812. y ello produce a los ingleses algunos fracasos.

también, acciones adversas, si hay en ellas ejemplos que seguir y que merecen y deben ser citados, pero no más de lo necesario, huyendo de ese espíritu que pudiéramos llamar «de cante hondo», tan frecuente, en el que quizá, con el deseo de paliarlas, se enuncian y hasta se alaban más las gloriosas derrotas y se olvidan las victorias.

RECORDAR LAS ACCIONES VICTORIOSAS

Pero volviendo a las acciones victoriosas, nuestra Historia Militar y lo mismo la Naval, está plena de ellas; sean batallas decisivas, combates o escaramuzas, es necesario hablar de ellas. Hay que recordar también en esta orientación de que tratamos de las acciones adversas, pero... menos, y mucho menos incomparablemente de lo que se hace, llevando a muchos a conocer tan sólo lo que pudiera llamarse «gloriosas derrotas». Hay que imbuir la idea de que vencimos, tanto en la mar como en tierra, a las que fueron y son aún principales potencias, e inculcar el ansia y la determinación de ser de nuevo fuertes. Hoy pesa mucho el aspecto económico, pero es necesario que se desee y que se tenga esperanza (13), puede ser haber alianzas... El hombre joven ha de estar orgulloso de su Patria; también el de edad madura, ¡desde luego!; pero el que empieza ha de estarlo con la exaltación propia de la juventud; es un algo en que no se le debe frenar. El joven debe admirar a sus mayores que se hicieron acreedores a ello; a veces es conveniente, para conseguirlo y para amarles, que conozcan también su mala fortuna, sus reacciones.

Todo sin idealizar exageradamente, de tal modo que se le presenten como seres perfectos, pues aun los mejores tuvieron sus defectos, y el mostrarles como dechados de perfección puede dar lugar, después, al mejor conocer los hechos, al desencanto, al desengaño. De las cualidades de los que nos precedieron, las hay que se prestan, unas más y otras menos, a ser imitadas por las diferentes personas, de acuerdo con el propio carácter y condición de éstas, y según la naturaleza de su servicio. Como expresión de admiración exaltada y del deseo de emulación, recordemos la vibrante y a la vez sentimental tercera estrofa de «La Marsellesa», la de los Cadetes en que con poética exaltación, cantan, trazando su línea de conducta con el firme deseo de

(13) Puede llegarse a una fortaleza conveniente: «que pese» España, que sea respetada y tenida en cuenta.

ser dignos de los que les precedieron, o morir en la demanda (14).

Para presentar como modelo de algunas virtudes a nuestros mayores, hay que conocer sus hazañas y centrar aquéllas en éstas, las de guerra, y en la Marina, no sólo éstas sino las de mar; los descubrimientos, las exploraciones, las a veces meritísimas campañas hidrográficas... Todo mencionando, con preponderancia, las de la guerra en el mar, principal finalidad de la Marina de Guerra. La lectura de una corta efemérides gloriosa, diaria, en las escuelas militares, cuarteles y buques; la celebración de solemnes conmemoraciones, en el marco adecuado y con conferencias histórico-formativas; la existencia en los referidos centros y unidades de placas o monumentos, con expresión de acciones gloriosas de nuestras armas u otras acciones, de mérito marino, en la Marina. El Panteón de Marinos Ilustres, se instaló junto a la Escuela Naval, precisamente para recordar en todo momento a los futuros Oficiales las virtudes de los que fueron (15). En todas las fuerzas armadas, son de gran importancia y eficacia, para la moral, visitas, cuando se presente la ocasión, a museos militares, navales, aéreos y, aun marítimos. El recorrer los lugares del Mundo que hablan de la grandeza de España, haciéndolo bien patente con conferencias, arengas o alocuciones, son necesarios complementos de estos estudios históricos, pequeños en apariencia por su forma, pero grandes por su alcance moral, orientados no de un modo meramente contemplativo o de curiosidad, sino impulsor: para la mejor superación en el Futuro.

Si de valores humanos, si de virtudes militares y ciudadanas se trata, la Historia Patria nos presenta multitud de valiosísimos ejemplos que sirven en la formación de los hombres del Presente. El inculcar y formar de una «moral militar» —digo mejor formar que estudiar— han de basarse, además de en la vida cotidiana con ejemplos vividos y con conducción en ellos, es decir, ensalzando todo lo bueno y vituperando todo lo malo, en los ejemplos de la Historia indispensables para, en tiempo de paz, crear moral de combate. Más se basa en todo ello que en definiciones de virtudes militares que

(14) «Nous entrerons dans la carrière quand nos aînés n'y seront plus — Nous y trouverons leur poussière-et la trace de leurs vertus (bis) — Moins bien jaloux de leur survivre que de partager leur cercueil — Nous aurons le suprême orgueil de les venger ou de les suivre ¡Aux Armes...»

(15) «Ansía su Majestad procurar al Colegio Naval, recientemente creado, (1845), un templo en que reciba digno ejemplo y retribuía justo culto». R. O. 10 de octubre 1850, de creación del Panteón.

pueden saberse definir, de memoria o razonándolas, y, sin embargo, no poseerse. Lo que es necesario es que los hombres *tengan* esas virtudes, aunque no sepan definir las. En los tratados de Moral Militar, suelen venir ejemplos tomados de la Historia rubricando las definiciones. Ello es buena combinación, mientras no se haga excesivo énfasis sobre las susodichas definiciones, como fundamento de la formación moral. En el Manual del Marinero de los Estados Unidos (16), la parte dedicada a la Moral Militar se basa, especialmente, en una presentación, orientada y comentada, de las glorias de aquella Marina. Si la elección, redacción y exposición son adecuadas, ello basta, en muchos casos, especialmente para espíritus sencillos.

Los tratados de Moral Militar deben abundar en ejemplos basados sobre acciones del propio Ejército a que vayan destinados; así se comprenden más, se adquiere una mejor identificación con ellos; están más en el ambiente. Esto no quiere decir, claro está, que hayan de excluirse totalmente los ejemplos altamente formativos de otros Ejércitos nacionales, de los cuales hay que estar también orgullosos, considerándolos como cosa propia.

Es importante también, para la formación moral, lo que pudiéramos llamar «pequeña historia»: relato de casos de la vida cotidiana, quizá sin celebridad, pero que sirven para incrementar la experiencia del que se está formando para el mando, en sus diversos escalones; su conocimiento le hará reaccionar en sus funciones de conductor de hombres, teniendo en cuenta cómo reaccionaron otros en casos análogos. Todo, por supuesto, adecuadamente comentado.

Por último, las lecturas históricas también constituyen un magnífico campo recreativo y apasionante: Hay pasajes y relatos verídicos que, expuestos de un modo ameno, son más atrayentes que lo que pueda inventar la fantasía en una novela, y que bien orientados, sirven en alto grado para nuestro propósito formativo, conquistando a los lectores al tiempo que los deleitan.

En este sentido de formación de los que empiezan, creo firmemente sería muy provechoso que, para el ingreso en las Escuelas Militares, hubiese una asignatura de Historia Militar, debidamente dosificada, orientada y expuesta, según la Escuela de que se trate. En lo que a Marina se refiere, podemos afirmar que la Historia del Bachillerato, a más de estar ya algo olvidada, no está ciertamente orientada con la debida intensidad, ni a lo naval ni a lo marítimo.

(16) *The Bluejackets' Manual*, Seventeenth edition, U. S. Naval Institute

Tampoco tiene una orientación adecuada para formar militarmente a un joven. Un examen sobre esta materia histórica, daría motivo además para compulsar el entusiasmo, militar o moral, del opositor. Sería a modo de «test» del espíritu militar o, al menos, de su entusiasmo: un test no muy completo, es verdad (nada es perfecto), pero «test» al fin. Desde luego más adecuado al caso que lo que puedan mostrar las pruebas de cualquier otra disciplina abstracta de las que componen hoy en día la preparación, por necesaria que sea, en otros aspectos del saber.

Otra orientación importantísima de la Historia es aquella en que la considera en un aspecto que pudiéramos llamar «táctico», Historia dirigida a Jefes y Oficiales, pero en la que deben ser iniciados los Alumnos, Cadetes de cursos avanzados y Guardias Marinas, pues hay que empezar pronto la formación de ese «sentido táctico» del Oficial para lograr resultados provechosos. No se consigue aquél con «apretar un botón», ni tan siquiera se consigue tras un curso, que siempre es demasiado breve y escaso, por largo que se programe. Hay que empezar desde edad relativamente temprana, repito; ir poniendo sedimento tras sedimento, creando mentalidad y sentido tácticos; formando al artista de la maniobra táctica, capaz de tener inspiraciones. Para crear ese «sentido táctico» no basta únicamente con estudiar y conocer los reglamentos tácticos, que por sí solos, tan sólo son letra, cálculo o expresión de unas reglas (y éstas, sí son variables con el tiempo). El estudio de los reglamentos es importantísimo; es desde luego indispensable saberlos, ¡y bien!, pero no es ello todo. Para poseer ese sentido táctico es necesario, además, la experiencia: la propia, que es siempre limitada, y la de los demás (17). Villamartín expresa, magistralmente, el incompleto efecto de los reglamentos cuando afirma: «es imposible una teoría completa de Arte Militar, y será más peligrosa y falsa oquella que más concreta y absoluta pretenda ser. No bastan reglas tácticas, es preciso conocer la guerra en su espíritu, los ejércitos en su esencia, y el siglo en sus creencias y en sus pasiones». Es fácil comprender que al decir «teoría», no se refiere tan sólo a conocimientos teóricos.

La maniobra táctica no puede codificarse totalmente; lo que se

(17) BISMARCK se expresa de un modo rotundo y áspero: «Los necios dicen que aprenden tan sólo a fuerza de propia experiencia. Por mi parte prefiero aprovechar también la experiencia de los demás». Solía decirlo BISMARCK, pero no era idea original suya.

persigue es ¡vencer!. Baudry lo expresa muy claramente cuando dice que «pretender traducir en fórmulas la victoria, sería negar la victoria misma» (18). El combate, choque de voluntades, de inteligencias, de fuerzas materiales animadas por impulsos morales, sostenidas por una logística complicada, en teatros de operaciones de lo más diverso; los fenómenos meteorológicos, el estado del tiempo atmosférico, al que podemos hacer nuestro aliado o que puede ser nuestro enemigo; en la mar, además, las condiciones hidrográficas; la cercanía o lejanía de tierras, sean islas, islotes o continente; la reacción de una costa, que puede ser amiga o enemiga; la intervención de fuerzas de otros Ejércitos; la cercanía o lejanía de las bases, las existencias remanentes de combustible y de municiones, con la necesidad de abastecer en la mar aun durante la batalla; la intervención de fuerzas navales de refuerzo, propias o del enemigo; la existencia o no existencia de campos de minas, la presencia de submarinos; la naturaleza del terreno y de las vías de comunicación, si de operaciones terrestres o anfibas se trata; la resistencia física de los hombres; la moral propia y la del adversario, actuando de forma más audaz o menos audaz; la posibilidad de una maniobra inesperada por parte del enemigo... En todos los casos y situaciones, el que haya o no dominio propio del aire, y la necesidad de buscar el apoyo de las fuerzas propias o aliadas; y, siempre también, la coordinación de empleo de las armas.

Todos estos factores y muchos más, hacen que el combate sea cosa sumamente compleja, y no hay reglamento táctico que pueda prever todas las situaciones que pueden originarse por las múltiples y diferentes combinaciones que pueden tenerse con tan numerosos factores: Hay que reaccionar apoyándose en el reglamento —sí— pero, además, y ¡mucho!, en la experiencia propia o extraña, aunque sea de un modo subconsciente; hay que inspirarse en el Pasado y extrapolar para el Presente. La maniobra táctica varía con los tiempos; de acuerdo con las armas, con los elementos de lucha, sí, pero la de épocas pasadas enseña, como veremos; y más aún, a igualdad de otros factores, la del inmediato Pasado, pues una guerra empieza siempre de un modo semejante a como terminó la anterior. Los

(18) Sigue: «Tan innumerables son las causas decisivas de la victoria, que resultaría vano intentar encontrar una fórmula tan concisa y dogmática en su forma, como general en su aplicación, al margen de la cual no existiera ni la victoria, ni la salvación». A. BAUDRY, *La Batalla Naval*.

adelantos, elucubraciones o no, de tiempo de paz, han de tomarse con reserva: unas veces tienen éxito y hacen evolucionar la táctica, pero otras veces también fracasan por sí mismos o por el antídoto que el mismo adelanto de la ciencia proporciona al adversario.

EL PASADO COMO INSPIRACIÓN PARA EL FUTURO

De cualquier modo, la maniobra del Porvenir puede ser distinta a la del Pasado en su detalle material, pero no en su filosofía. Serán iguales los deseos de conseguir la ventaja de las armas, el que muchos batan a pocos, el conseguir la sorpresa... el aprovechamiento de todos los numerosos factores, antes enunciados, favorables, y que el enemigo no pueda aprovechar los que a él pudieran favorecerle, etcétera, etcétera. Lo del Pasado nos sirve de inspiración para el Futuro. No es precisamente que se catalogue ni se mantenga nítidamente en la memoria y se disponga de ello como de las notas de un fichero, pero todo ello funciona en el subconsciente y así se va creando ese «sentido táctico» que antes consideramos. Napoleón, con respecto a ello, se expresaba en estos términos: «La guía que siguen en su propia conducta los Generales en Jefe es su propia experiencia o el instinto de su ingenio. La táctica, las evoluciones, la ciencia del Oficial de Ingenieros o del de Artillería, pueden aprenderse en los tratados de esos ramos; pero el conocimiento de la «gran táctica» no se adquiere sino de la experiencia, con el estudio de la Historia de las campañas de todos los grandes capitanes...» (19). Puede incluso obtenerse la ventaja táctica, realizándose alguna maniobra tenida por heterodoxa; o al menos «extrarreglamentaria» (y puede, sin embargo, estar dentro de la doctrina); maniobra, sin embargo, más conveniente para esa situación especial concreta (20), y con la que se consigue la victoria. A propósito de esto, consideremos, con nuestro

(19) Napoleón, tomado quizá de GUIBERT (finales del siglo XVIII), utilizaba el término «grande tactique» para designar la estrategia y la zona de cuestiones en que se funden la táctica y la estrategia; también la denominaba «hautes parties de la guerre».

(20) Varios autores han resumido la abundancia de situaciones no reglamentadas diciendo que tan solamente conocían «situaciones especiales»; «todas las guerras son especiales», dice el Almirante Barjot. El general Foch expresaba la variedad de los casos diciendo: «no hay más que casos particulares». El Almirante CASTEX en las consideraciones generales de sus *Teorías Estratégicas*, dice que en modo alguno, ni aun la táctica, responden a fórmulas matemáticas.

Villamartín, que en la Historia de las guerras «se ven derrotas nacidas del respeto a una regla —reglamento—, y victorias alcanzadas por un movimiento contrario a los preceptos». ¿Quiere decir esto que no tienen importancia los reglamentos? ¡En modo alguno! Los reglamentos, manuales o cuadernos tácticos, son muy necesarios por estar bien estudiados, meditados y, también, basados en el pasado, ¡pero no en todo! En lo naval están saturados de movimientos previstos con arreglo a cinemática. Los reglamentos influyen en que exista igualdad de doctrina, pues aunque ellos no son «la doctrina», sí emanaron de una determinada. También influyen, y no poco, en la formación del «espíritu táctico» a que antes me refería, pero para la más completa formación de éste es preciso, además, el estudio de la Historia; éste es necesario, incluso, para tener la inspiración de no seguir los reglamentos en un momento dado y que esto sea la decisión adecuada. Todo esto es peligroso, pues no puede ser cualquiera quien deseche el reglamento, ni hay que estar predispuesto a ello, pero... a veces ¡es necesario! Demos, pues, a los que mandan, un buen bagaje de conocimientos —de reglamentos y de experiencia— para obrar adecuadamente. El General Wavel (1936) nos habla de ello, asegurando que «un poco de heterodoxia, es cosa sumamente peligrosa, pero sin ella raramente se ganan las batallas» —¿es demasiado rotundo? ¿exagera?—. Podemos dejarlo de un modo más moderado, en que, con frecuencia, hay que echar mano de la heterodoxia aparente o real, y, para hacerlo adecuadamente, es preciso experiencia (propia o extraña) y «flexibilidad mental». Podemos resumir que con estos estudios histórico-táctico-psicológicos, no solamente se aprenderá a hacer, en un momento dado, porque se crea que es necesario, lo que muchos de espíritu rígido pudieran considerar francamente heterodoxo (21), sino hacer «lo que no está en el reglamento», obedeciendo a su espíritu más que a su letra. Esto suponiendo que el reglamento y la doctrina que lo originó no merezcan ser reformados por imperfectos o por anticuados, que también puede ocurrir. Analicemos todos estos conceptos con un ejemplo, célebremente heterodoxo:

(21) Una maniobra heterodoxa puede no serlo tanto, en realidad, como a primera vista pueda creerse. Además, por no ser esperada por el enemigo, sumir a éste en la confusión y proporcionar la victoria a quien la ejecuta: Una victoria hija de lo que algunos llamarían «barbaridad» y otros «sutilezas», pero al fin y al cabo una victoria. En esto se basa la «aproximación indirecta», lo que LITTLE HART llama, en no ser esperado ni física ni mentalmente, y ello puede tenerse en cuenta tanto en el nivel táctico como el estratégico.

En 1805 no combatían los buques como ahora, es verdad, pero vamos sin embargo a sacar unas enseñanzas, considerando lo que es inmutable con los tiempos: el golpe de vista del Almirante, lo que influyen las comunicaciones, el tener velocidad y amplitud de maniobra, lo que influye el adiestramiento, el tener Comandantes subalternos compenetrados entre sí, la mala coordinación de los aliados enemigos... etc. Nelson, en Trafalgar, parece que no actúa de modo ortodoxo; en vez de presentar una línea de batalla artillera, lanza sus fuerzas, en dos columnas, contra la del enemigo. Villeneuve se aferra a lo dispuesto en todos los tratados de táctica de la época; sin embargo, Nelson obtiene la victoria. El estar a barlovento o a sotavento conduce a tácticas distintas, pero los aliados van a utilizar mal «la de sotavento» —que es la francesa—: por su mala formación (con claros en la línea y con buques sotaventeados) y por su peor adiestramiento artillero. Nelson aprecia todo esto, Villeneuve no, y, a pesar de su ortodoxia, rechaza la propuesta de Gravina de mantener una reserva. El Almirante británico conoce también la mala inteligencia entre españoles y franceses; los primeros desconfían de los segundos desde el combate de Finisterre; los franceses del adiestramiento de los españoles... Nelson sabe que va a estar en mala posición a acercarse a la línea enemiga, pero después... Esto es otra cosa inmutable; con los tiempos, la *audacia*: el arriesgar algo para obtener mucho. Sobre este punto escribe de esta batalla nuestro gran Escaño, que hubiese sido locura haber atacado una línea de navíos —bien adiestrados— como el «Príncipe» (Príncipe de Asturias, insignia de Gravina), que en el combate de Córdoba (el de San Vicente), «disparó en cinco minutos 500 cañonazos» —la importancia del *volumen de fuego* y la *precisión en el tiro*, son factores favorables inmutables desde que hubo masa de artillería—, «maniobrando de un modo que conservó a medio cable a sus matalotes, proporcionando un sostén mutuo» —igualmente la perdurable importancia de *la maniobra* a lo largo de los tiempos—; «si tal hubiera hecho, no sólo habría sido Nelson víctima de su osadía, sino que dejaría en astillas sobre el mar su capitana y cuantos navíos la hubieran seguido». Y, analizando en conjunto la maniobra de Nelson, dice: «fue a cortar de hecho una línea para envolver a cuantas divisiones pudiera —para conseguir la ventaja, también constante en táctica y en estrategia, de *la concentración*— y de este modo no atropellaba la táctica, sino que conocía la guerra y recíproca influencia, así como la desigualdad de re-

cursos. Nelson —dice caballerosamente— «no se portó como temerario sino como héroe». Y el *golpe de vista* y el *sentir psicológico*, y hasta la *inspiración*, son también cualidades importantísimas e inmutables a través de los tiempos. Aunque sea distinto el modo de combatir, podemos considerar también la importancia inmutable de la *conducción de los hombres*: del «touch» de Nelson. Igualmente queda bien patente, según Escaño, la importancia del *adiestramiento* para el combate, sea cualquiera la forma, antigua o moderna, en que se desarrolle; ya hemos visto cómo Escaño lo aprecia al considerar que hay navíos y «navíos»... Pues, mucho más modernamente lo dice Sir Percy Scott, introductor de los modernos métodos artilleros en la Marina Británica, ya en este siglo se expresa: «la eficacia de un buque no se mide por el número de cañones que monta, sino por el número de proyectiles que dispara»... —proyectiles certeros, se entiende—, y completa su idea de modo rotundo: «*de nada sirven ni la estrategia ni la táctica si no se da en el blanco*». Esto es perfectamente aplicable a los modernos misiles. Y sobre cuán distinto es un buque bien adiestrado de otro que no lo está, dice: «los lobos de nacimiento cuentan el número de buques, los hombres juiciosos computan el adiestramiento de las dotaciones»: *¡Número y eficacia!*, podríamos concretar, también son factores inmutables a través de los tiempos... Vemos lo bien definido, organizado y desarrollado que en la actualidad tienen el adiestramiento las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Sus centros a él dedicados han sido modelo para los de otros países. También el esfuerzo realizado por nuestras Fuerzas Armadas para conseguirlo: *El adiestramiento* sigue siendo uno de los más firmes puntales de *la eficacia*. Y este concepto de lo que vale el adiestramiento, junto con las virtudes morales, en lo que altera el número, lo podemos tomar también de Napoleón. Conocida es su famosa conversación con Moreau, en casa de Gohier; enuncia un concepto que al principio extraña: «El número mayor bate siempre al más pequeño» (22), pero ¡no habla al número aritmético!, pues el mejor *adiestramiento* así como la mejor *moral* aumenta ese «número» a que se refiere... Todo esto es tan cierto ahora como antes.

Maestros en ciencia y arte militar nos hablan del adiestramiento, considerando que ha de prepararse al hombre de forma lo más semejante posible a la acción real, tanto en el aspecto físico como en el del espíritu; así Clausewitz nos dice, a este respecto, que «es de má-

(22) «C'est toujours le grand nombre qui bat le petit nombre.»

xima importancia que el combatiente no encuentre en la guerra cosas que por ser la primera vez que le salen al paso, le suman en el terror o en la perplejidad». Esto era así antes de Clausewitz y lo sigue siendo ahora y lo será siempre. De ahí que deba someterse, al hombre, a impresiones semejantes a las que ha de recibir en el combate; de ahí la gran importancia de las pistas de combate, para el adiestramiento de combate en tierra; de las también modernas estructuras con forma de buque, para el adiestramiento que pueden ser auténticas pistas de combate a bordo, dándoles posibilidad de reacción contra los incendios, explosiones próximas, etc. Sin embargo, la frase de Clausewitz debe ser completada con un «si a pesar de todo, se encuentran impresiones nuevas. ¡No importa! ¡Adelante!»: Es imposible prever todo y hay que reaccionar ante lo imprevisto; pero para hacerlo bien, sirve mucho la preparación de «casos previstos».

Del estudio de la Historia cabe igualmente aprender «lo que no debe hacerse»: se pueden estudiar errores de percepción, tácticos o de otra clase; a lo que lleva la baja moral, la falta de cohesión, de unidad de mando, de doctrina..., etc. Considerar esos errores y faltas es importante para ir formando mentalidad y tratar de no caer en otros semejantes. Hay que prepararse en sentido positivo y en el negativo; pero no se abuse de este último que al ser preponderante lleva al desconcierto y a la desconfianza. Debe empezarse por orientar el estudio en buscar «qué se debe hacer» más bien que «lo que no se debe» y entrar poco a poco en esto último.

De todo esto se desprende que siendo la táctica «arte y ciencia de la conducción del combate», aunque las armas hayan cambiado y sigan haciéndolo, y lo mismo otros elementos de lucha y reglas de evolución y de maniobra, siguen inmutables doctrinas y principios tácticos, desprendiéndose de ello la importancia del estudio de la Historia aun en el campo táctico.

EL INTERÉS MILITAR DE LA HISTORIA

Es importantísimo —y menos discutido— el estudio de la Historia en sus aspectos estratégico, logístico y político (de política internacional o interna), aun para Oficiales jóvenes, aunque se haga más a la ligera —quede el hacerlo a fondo para más adelante—: hay que ir sembrando en sus mentes los primeros principios, aunque sea de

un modo elemental. Conforme se asciende en grado, responsabilidades y mando, deben intensificarse los estudios históricos (23), hacia los motivos y alcances políticos de las guerras, y sus resultados, hacia las causas y efectos y campañas en su aspecto estratégico y político, hacia las normas de la acción estratégica, y el apoyo e influencia de la logística. Citemos algunos ejemplos: Estudios dirigidos hacia el concepto de la cobertura estratégica, hacia el aspecto político internacional de la guerra submarina con respecto a los Estados neutrales; hacia los antecedentes y eficacia de la navegación en convoy; hacia el despliegue de bases estratégicas; hacia el efecto de los frentes de diversión; a la posibilidad y desarrollo de los desembarcos en los lugares óptimos; a los sistemas de mando que han sido y sus enseñanzas; a las consecuencias de errores de información... (24), etc., etc.

Veamos algo sobre algunos de estos temas: Que la flota de combate efectúe la cobertura de una flota de invasión no es cosa nueva y ... ¡permanece! Todos los autores estudian esta figura estratégica basándose en la Historia: la vemos, por ejemplo, en los movimientos previstos por Alejandro Farnesio para efectuar el proyectado desembarco en Inglaterra, la necesidad de que la flota de combate procedente de España se las entienda con la flota británica para que, mientras ello ocurra, pase desde los Países Bajos el convoy de tropas. También Farnesio opina que la flota de combate y convoy no han de navegar tan cerca que se embaracen los movimientos de aquella con los de éste, y que la batalla que pueda reñir la flota de cobertura —que en este caso cubriría poco—, arrastre en los azares del combate al convoy que trate de proteger. Estos conceptos —con las variaciones de distancias impuestas por las velocidades de los modernos buques, de sus radios de acción, de sus armas y por el empleo

(23) MONTECUCULI dice sobre la formación para el mando: «La primera calidad de un General en Jefe es tener gran conocimiento de que la guerra no es una ciencia infusa, sino adquirida por la experiencia, porque el buen Capitán no nace, sino que se forma».

(24) Si de información procedente de prisioneros se trata, podemos tener presente lo que dice Napoleón: que «las luces que den deben ser apreciadas en su junto valor; el soldado apenas ve más que su Compañía...». Lo mismo podemos considerar para cosas del mar: marineros, barcos, rumores..., etc. Y sigue: «no se deben tomar en consideración las declaraciones que se arrancan a los prisioneros, sino cuando están concordantes con las relaciones de la vanguardia»; con los que pudiéramos tener por informadores propios, podemos aclarar: ¡Experiencia! ¡Historia!

de la aviación, es decir, con otra amplitud, mayor en el espacio y menor en el tiempo—, son aplicables hoy en día.

Sigue habiendo variantes como antes según estén situadas las flotas de combate y de transporte entre sí y con respecto al enemigo; si la extensión de mar a cruzar es grande o pequeña, etc. (25). Corbett, en sus *Principios de Estrategia Naval*, estudia varios casos, todos ellos aleccionadores, basados en diferentes circunstancias en que las Islas Británicas estuvieron amenazadas por la invasión. Casos tan diferentes como pueden ser cuando la Gran Armada de Felipe II, en 1588, la tentativa francesa en 1755; la de 1779, y la de 1805. En lugar del conocido refrán de «vivir para ver», podemos recomendar a los pesimistas en el estudio de la Historia: «estudiar para saber... y para actuar»; estudiar y maniobrar, hay que aclarar: —basta que lean hechos y razonamientos..., que piensen después por su cuenta y quedarán convencidos de la importancia del estudio de la Historia.

Otro estudio muy aleccionador, éste más moderno, es el de la cobertura estratégica efectuada por la aviación americana bombardeando los campos de Formosa y de Luzón antes del desembarco de Leyte. Es de gran importancia, igualmente, el de la cobertura, que pudiéramos considerar comprendida en el concepto «de grande tactique» ejercida por la flota de los Estados Unidos, para que tal desembarco se verifique y no consigan causar los japoneses el «Abouquir» que pretenden en el golfo de Leyte. Pero si no hay variaciones en la filosofía, las hay en la forma: La aviación naval embarcada permite, ahora, que para ejercer la cobertura no se necesite la posición geográfica intermedia entre lo que se protege y el posible atacante: La flota del Almirante Halsey ejerce la acción de cobertura con Leyte del lado del posible acercamiento del enemigo, y con las Islas Filipinas también de por medio. Y de esa misma batalla sale una lección, en lo que a logística se refiere. En medio de la batalla se aprovisiona en la mar uno de los grupos operativos de Halsey: Constancia de la importancia de los aprovisionamientos; variación en el modo de aprovisionarse con respecto a otros tiempos, y enseñanza que así ha de hacerse en un conflicto futuro.

Nos muestra también la Historia lo constante de la misión de las

(25) Muy distinto el caso de operar en lo que los ingleses llamaron «*Narrow Seas*», o sea, de la parte del Mar del Norte comprendida entre el Paso de Calais y la línea de Yarmouth- Texel, y el caso de operar en el más amplio espacio del Mediterráneo, como cuando Napoleón pasó sus tropas a Egipto, dice CORBETT

fuerzas navales en lo que al tráfico marítimo se refiere, y en la guerra general, las posibilidades y necesidades marítimas mayores o menores, según que los países sean marítimos o continentales. Las posibilidades de ataque a una costa, por una flota, en el momento y lugar convenientes. Nos enseña a aplicar los principios de carga, transporte y apoyo en las operaciones anfibias... Y así podríamos seguir.

Veamos una enseñanza de esta *aplicación flexible* de los principios, dada igualmente por la Historia: En la invasión de Noruega, los alemanes con los mismos buques de guerra han de transportar tropas y han de apoyarlas, y los cruceros tienen previsto salir de nuevo a la mar y efectuar también la cobertura una vez realizado el desembarco. Todo con enorme *rapidez* —otro factor inmutable—, la *celeridad* que tiene por consecuencia la *sorpresa* (26) para llegar pronto a los puertos del norte. El estudio de esa invasión de Noruega, pero vista ahora del lado aliado, muestra también el concepto de «*fuerza avanzada*» de que tanto se habló después en el Pacífico, si bien con distintas dosificaciones de fuerzas, en Noruega con fuerza de desembarco (tropas), ya que algunos destacamentos desembarcados de los buques británicos ocupan cabezas de playa antes de que lo hagan las fuerzas alemanas, que avanzan rápidamente desde el sur, y antes de que puedan mandarse tropas aliadas desde Inglaterra.

Nos enseña, del mismo modo, la Historia lo mucho que supone para hacer la guerra en una península, el tener el dominio del mar. El Almirante Castex, al estudiar la Guerra de la Independencia española 1808-1812 (para los ingleses «Peninsula War»), nos presenta el desgaste de fuerzas francesas para defender la costa; la *flexibilidad en el ataque* que a los aliados dan las fuerzas navales; la posibilidad de las fuerzas propias con fácil y rápido movimiento por líneas exteriores, etc. Todo ello —inmutable— es aplicado, más tarde, a la guerra de Corea en 1950, a pesar del progreso del material bélico. También serían posiblemente repetidas en un conflicto futuro estas acciones contra la costa, contra un dispositivo que tiene la característica de ser «en cordón», a pesar de la moderna posibilidad de intervención rápida de las reservas.

De la Historia nos aleccionan igualmente los fracasos, pues sirven

(26) Ya dijo CERVANTES: «La diligencia es madre de la ventura... Pero en ninguna cosa se muestra más esta verdad, que en los de la guerra, a donde la celeridad y presteza previenen los designios del enemigo y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa».

para sobre ellos reaccionar y evitar que vuelvan a producirse. Las causas que motivaron el de los Dardanelos en la Guerra Mundial I, y su estudio, y el tenerlos en cuenta, hacen que se mejore la logística de los desembarcos, se perfeccione el apoyo de fuego naval y el aéreo, haciéndose más inmediata y eficaz (gracias al adelanto en las comunicaciones). La enseñanza de los Dardanelos hace que se construyan embarcaciones especialmente adecuadas para el desembarco; que se reglamente la carga y se le dé a las fases del desembarco carácter táctico o logístico, según el momento y circunstancia. Sobre el estudio de los Dardanelos —cuando muchos espíritus ligeros pensaban que no habría ya más operaciones anfibas— se fundamentan la doctrina y los reglamentos anfibas de los Estados Unidos, que fueron de tanta aplicación en la Guerra Mundial II y han sido adoptados, después, por tantas naciones. Gracias a los trabajos basados en el estudio de lo que ocurrió no sólo en los Dardanelos, sino hasta en otras operaciones anfibas más antiguas, los desembarcos vuelven a tener, en el panorama bélico, la importancia que ya tuvieron en el siglo XVIII. Y... desembarcos modernos pueden verse afectados por factores y problemas políticos, de mando, climatológicos, logísticos... semejantes a los que gobernaron aquéllos. Más adelante volveremos sobre esto.

El estudio de la Historia nos enseña también la necesidad del mando único, aumentada, si cabe, en las operaciones anfibas. En 1741 vemos, como causa principal del fracaso de los ingleses en Cartagena de Indias, la falta de ese mando único; lo nefasto para los británicos de la mala inteligencia entre el Almirante y el General; el primero, partidario de la acción relámpago por acercarse la estación húmeda, peligrosa en la mar e insalubre en tierra; y el General inflexiblemente reglamentario (27), aferrado a un sistema ortodoxo, de meticoloso asedio, sin tener en cuenta circunstancias *climatológicas* y *sanitarias*, debidas al implacable avance de la estación y la urgencia de terminar. ¡Siempre la *necesidad de arriesgar algo para obtener mucho!*... Nos enseñan también el estudio de estas operaciones la imprescindible del *apoyo logístico* de la flota a las fuerzas desembarcadas —otro factor inmutable— ...y, podíamos seguir presentando

(27) El Almirante Vernon era un carácter vehemente y luchador; el General Cathcart, designado para la operación, especialmente escogido por sus dotes, había fallecido en la travesía, sucediéndole en el mando de las tropas el General Wentworth, sencillamente al que le seguía en antigüedad, que no tenía las cualidades a propósito para obrar en coordinada compenetración con Vernon. Todo esto podría repetirse en los tiempos modernos.

enseñanzas aplicables, aunque los buques de ahora sean muy distintos, la artillería moderna alcance más, y haya aviación y misiles.

Bástenos afirmar y recordar, para cerrar este punto de un modo general, las enseñanzas que siempre nos da la Historia en los nefastos que son los conflictos de mando. Téngase bien presente, p. e., el mal resultado del sistema inglés del mando llamado «in commission», con «Joints Generals», modalidad especialísima británica de responsabilidad conjunta, tercamente mantenida a lo largo de siglos. Téngase presente para no adoptar, en lo militar, tal sistema.

Interesante también, y aplicable al transcurrir el tiempo, es la lección que nos da la Historia —en este caso positiva— sobre la eficacia que puede proporcionar un sistema de gran libertad de acción en los mandos, que fue tradicional en la Marina inglesa a través de los tiempos. Por ejemplo, el Comodoro Popham cuando hace su defensa ante el consejo de guerra, después de sus operaciones en el Río de la Plata (1807), defiende este sistema tanto como a su propia conducta (28), y si bien en aquella ocasión no obtuvo resultados positivos por el esfuerzo de los españoles (de la Península y del Plata), vemos que, en general, una de las causas de éxito de la Marina Británica es que sus Almirantes hayan tenido, y tengan, esa amplia facultad y libertad de acción. Pasado más de un siglo tenemos ejemplo de la eficacia del método en sus éxitos en el Mediterráneo, en la Guerra Mundial II. El Almirante Barjot, de la Marina francesa, nos dice sobre este punto: «Estas lecciones —de la Historia, podemos hacer notar— de la guerra en el Mediterráneo, *no deben ser olvidadas*. Hay que dejar a los Almirantes, en la mar, las iniciativas que les conciernen. El mando desde tierra debe limitarse a informarles en lo necesario, con la máxima rapidez» (29).

(28) Manifestaba que no era solamente su suerte la que dependía del fallo del Tribunal, sino de la Royal Navy: «si a mí se me condena —decía— resultará de aquí que en lo sucesivo ningún Oficial de Marina se atreverá a apartarse un ápice de la letra de sus instrucciones y que aun cuando se le presenten circunstancias favorables imprevistas, jamás se aprovechará de ellas... Si así sucediera, me atrevo desde luego a pronosticar, que la ruina en la Marina Británica será consecuencia del justo temor de ser acusado de haberse excedido en sus poderes».

(29) Dice además el Almirante Barjot: «El Almirantazgo de Londres se limitaba a coordinar la acción de los grupos independientes de Alejandría y de Gibraltar, de forma que sus fuerzas se pudiesen concentrar en un momento elegido. El mando en la mar tenía completa iniciativa y el mando en tierra se supeditaba a él. Paradójicamente, siempre fue más fácil a las fuerzas navales británicas el concentrarse, que a las italianas.

En lo que se refiere a la «gran logística», es decir, lo que pudiéramos considerar el nivel estratégico, se sabe —siempre por la Historia— la importancia que han tenido siempre las bases navales convenientemente situadas —la misma que tienen ahora—. Sin embargo, el aprovisionamiento en la mar hace que, al aumentarse por ese procedimiento y maniobra la autonomía de los buques, puedan esas bases, estar más alejadas, en lo que a su aspecto logístico se refiere. Su importancia sigue siendo enorme: pero con una traslación de lo antiguo a lo moderno: la extrapolación ha de hacerse con la introducción de la aviación, de los misiles y de los submarinos lanzadores de esos ingenios. La Historia también nos muestra la vulnerabilidad que tienen esas bases no ya solamente por el ataque de las potencias enemigas, especialmente —como siempre— por ataques de revés lanzados desde tierra, sino por efecto de los movimientos nacionalistas de los países en que están enclavadas, cuando no lo están en la propia metrópoli. Hace llegar a la cuestión por otros cauces: tratados con esos países, arrendamientos, etc.

La Historia también nos dice que si fue decisivo el tener el dominio del mar para la conducción y éxito de las operaciones y para el resultado final de las guerras cuando se trata de países marítimos, no por ello la derrota en los mares de una potencia continental llevó consigo su inmediata rendición. Después de la batalla de Abouquir siguió aún en Egipto el Ejército francés tres años más. Después de la batalla de Trafalgar, decisiva en tal alto grado como puede serlo una batalla naval, fue preciso que pasasen aún diez años para que Napoleón fuese completamente derrotado en Waterloo. La Guerra Mundial I continuó dos años después de la batalla de Jutlandia, y la Guerra Mundial II, siguió con Alemania ya vencida en el mar; para terminar la guerra, fue necesario ocupar su antemural de Francia y después invadirla para forzarla a que pidiese la paz... Ya lo decía Corbett (30): «estamos inclinados a olvidar cuán impotente es por sí sólo el Poder Naval para decidir una guerra contra un Estado continental». Lo mismo podemos decir modernamente y con amplios ejemplos de «concentricaciones» del Poder Aéreo. ¡Siempre el hombre! La Infantería, convenientemente armada y con el apoyo de otras armas —como antes— sigue siendo la reina de las batallas.

Pues la Historia también nos enseña en que a partir de un punto en la dosificación, las armas de apoyo son excesivas para una Infan-

(30) *Some principles of Maritime Strategy*, 1911.

tería, debiendo ser aquélla adecuada. Un cierto número de hombres con sus armas ligeras pueden hasta cierto punto ser sustituidos por armas pesadas; la acción de los infantes queda complementada por el apoyo de ellas, pero nada más que ¡hasta cierto límite! y al fusilero granadero que asalta y ocupa no puede oponérsele en determinados terrenos, momentos y circunstancias, más que otro u otros de su misma especie. Esto ya se vio en Corea, donde la dosificación del apoyo empezó a verse que era inadecuada.

EL MOVIMIENTO PENDULAR DE LAS COSAS

También nos enseña la Historia moderna el verdadero alcance en la mar, de la guerra submarina y los vaivenes de ventaja y desventaja que toman alternativamente lo submarino y lo antisubmarino. Forma parte de lo que pudiéramos llamar «movimiento pendular de las cosas» (existe en política, en literatura, en pintura..., en todo); vaivenes que podemos sintetizar en la conocida expresión: «lucha del cañón contra la coraza». También nos enseña la Historia la eficacia de la guerra de minas en determinados parajes estrechos, por ejemplo en los Dardanelos durante la Guerra Mundial I y lo poco eficaz que fueron los grandes barrajes del Mar del Norte en ella y en la 2.^a. El mando británico se lamentó, más tarde, de «no haber aprovechado en esta última la experiencia de la primera», en lo que a ese enorme despilfarro de material y de actividad se refiere.

La Historia nos muestra la imperiosa necesidad de la incorporación de la aviación en las operaciones navales, introducida en la guerra naval aun de un modo balbuceante en la primera conflagración mundial y, de un modo rotundo, en gran amplitud y como arma principal en la batalla naval, en la Guerra Mundial II. Sirva de enseñanza el fracaso de las teorías de Duhet. Se vio el error de la idea de considerar a la Península italiana como un inmenso portaaviones ¡Era un portaaviones que no estaba nunca en la zona de combate! ¡Un portaaviones quieto y lejano, no incorporado a la maniobra táctica de la flota! ¡Un portaaviones cuyos aviones no llegaban a tiempo, y cuando llegaban lo hacían con poca carga militar! Matapán es elocuente lección, en el Mediterráneo. Los italianos no tienen aviación naval y los ingleses sí. Tarento también es otra lección de la Historia en el mismo mar: los ingleses con la aviación consiguen una importante ventaja inicial... La guerra en el Mediterráneo, que precisa-

mente se esperaba fuese un magnífico ejemplo de la no necesidad de ella, resulta, por el contrario, una lección clara de su rotunda necesidad.

En otros teatros de operaciones... sigue la lección: Recuérdese el hundimiento de los buques británicos «Príncipe de Gales» y «Repulse» ante Kuantang, atacados por la aviación japonesa, desarrolando siete ataques magistralmente combinados contra los buques ingleses, sin protección aérea éstos al estar pospuesta a otras necesidades tácticas en tierra, del momento.

Si de extensiones de mar mayores se trata, si tomamos las del océano Pacífico, vemos en la Historia de la Guerra en esas inmensidades, abundancia de sucesivas circunstancias con la necesidad de empleo eficaz de la aviación, tanto desde portaaviones como desde tierra, la de gran radio, por uno y otro contendiente...

También nos dice la Historia que muchas cosas: elementos, armas, o tácticas, vuelven a ser de actualidad después de haber sido abandonadas durante algún tiempo. Podemos considerar el empleo de los gases de combate en la Guerra Mundial I y su no empleo en la II. ¿Se emplearán en otro conflicto futuro? ¿Se dejará de emplear el arma atómica? ¿Quedará reducido su empleo en los límites «tácticos»? Por lo pronto se mantienen alerta los servicios de Guerra Química, Atómica y Bacteriológica.

Nos dice la Historia la eficacia de la navegación en convoy para que los buques mercantes puedan ser convenientemente protegidos ahora no sólo por buques de guerra, sino por aviones. El convoy ya es una necesidad del siglo XVII, cuando los españoles debían escoltar las flotas de galeones de Tierra Firme y de Nueva España, siempre amenazadas por el ataque de los enemigos. Pareció después que los convoyes habían terminado con el advenimiento de la navegación a vapor, pero... el empleo de los submarinos, un adelanto en el arte de la guerra, en la de 1914-1918, hizo que el convoy escoltado pasase a ser nuevamente de actualidad. En la Guerra Mundial II, es clave del éxito aliado en la gran batalla del Atlántico. No sólo son los convoyes escoltados por buques y aviones, sino protegidos desde la costa, especialmente por elementos aéreos dentro del radio de acción de éstos. El convoy es también un buen sistema de defensa con posibilidad de reacción contra el atacante. Este es uno de tantos ejemplos de ese movimiento de péndulo que, según antes vimos, en sentido figurado, afecta a tantas cuestiones bélicas. El Mando naval

británico ha manifestado que de haber tenido en cuenta las enseñanzas de la Historia, la Guerra Mundial II le hubiera cogido más preparado para esos servicios de protección de tráfico marítimo. Para otra tercera guerra que pudiera haber, debe tenerse, pues, muy en cuenta, y preparar las escoltas adecuadas, con los medios del día.

Así realmente se hace en la actualidad: Se piensa en el peligro submarino y se incrementan los antidotos contra él, entre los cuales ocupa sitio importante el helicóptero. No deben descuidar tampoco otros aspectos de la guerra naval: Existe, por ejemplo, el peligro aéreo... pero, no sólo existe el peligro sino el «apoyo». Además continúa la previsión de acciones contra la costa, y siempre podrá también haber combates entre buques de superficie, en una y otra modalidad al cañón o con misiles.

Podemos presentar como arma de guerra desechada y después revalorizada, el cohete: su empleo en la Guerra Mundial II, el aumento de su precisión incomparable con aquélla tan escasa de los cohetes a la Congreve empleados en el pasado siglo.

Y más vaivenes: se habló mucho después de estos dos guerras mundiales de que ya no habría «guerras limitadas», y después de asegurarlo durante tanto tiempo, surgieron los conflictos limitados de Corea, del Congo y del Vietnam... No podemos, pues, asegurar de un modo rotundo la desaparición de las cosas, ni tampoco el mantenimiento continuo de técnicas y armas, pese a existencias de factores inmutables.

Insistiendo sobre el «movimiento pendular» de las cosas, la Historia nos enseña que no debe desecharse nada hasta estar bien seguros de que ya no sirve, sino más bien mantenerlo en reserva; en una reserva eficaz. Veamos: se dejaron de armar con torpedos no anti-submarinos los buques de superficie, y después, al recapitarse sobre que los torpedos son los que hieren de muerte a los buques al hacerlo en su obra viva, se volvió a considerar de actualidad el destructor torpedero. El torpedo es magnífica arma no sólo del submarino, sino del buque ligero de superficie; por ejemplo, la lancha rápida, es arma por antonomasia, del débil contra el fuerte: honda de un «marinero David» contra un Goliat del mar. La historia nos dice, por ejemplo, lo eficaces que fueron los torpedos japoneses lanzados contra los buques americanos de superficie —provistos éstos de radar— en los combates de la isla de Savo. ¡Y lanzados por cruceros! Todo esto cuando en muchas Marinas se desmontaban los grupos de tubos lanzatorpedos en

esa clase de buques. No quiere decir que el arma haya de quedarse estancada; puede mejorarse. Actualmente se introduce en la trayectoria del torpedo una fase de propulsión en el aire, por cohete, de modo semejante al «Subroc» (sin necesidad naturalmente de su primera salida del mar si se lanza por tubo supermarino), para disminuir así su duración de trayectoria y por tanto las perturbaciones. ¿Será realmente eficaz? Hay casos que un arma se tiene como tal y después se desecha. También enseña la Historia que para ver si los adelantos de esta clase, obtenidos en la paz, dan resultado en la guerra, se precisa sean confirmados en la realidad de una contienda.

Otro punto de meditación semejante: Tras muchos titubeos se van armando buques con misiles en vez de con cañones, haciéndose ya en algunos una sustitución total. Parece ser que las dificultades en su funcionamiento, debidas a la humedad del aire, al frío, a la baja presión, a las vibraciones y a las aceleraciones, han sido superadas. De todos modos siguen siendo causa de averías... El medio marítimo y lo mismo el de campaña y el del aire no son ciertamente abrigados laboratorios. El almacenaje es prolongado, también en tierra hay perturbaciones originadas por el transporte, el lanzamiento no se hará en condiciones óptimas como cuando se efectuaron las pruebas, y el personal no será tan cuidadoso ni tan preparado como los que las hicieron. Sobre todo esto podríamos seguir razonando... Pero además... ¿y las contramedidas? ¿se perfeccionarán tanto que lleguen a perturbar los sistemas de guía? Trátese, pues, de tener misiles, pero no se desprecien los cañones. Por lo pronto ya se ve que no se obtendrá con los primeros el volumen de fuego que proporcionan los segundos: el volumen necesario, y adecuado por su modo de ser, para ser repartido en determinadas misiones, como son las de apoyo de fuego naval en las operaciones anfibia. La cabeza atómica producirá enormes efectos, sí, pero no podremos repartir siempre ese efecto destructor en la manera que conviene para batir el despliegue de las fuerzas del enemigo y preservar el terreno adecuadamente, para la progresión de las propias.

* * *

Todo ello y muchas cosas más nos dice la experiencia: la Historia, maestra para futuras acciones, extrapolando el pasado.

Hemos visto en las líneas que preceden *algunas* de las valiosas enseñanzas que nos proporciona el estudio de la Historia Militar de los

pueblos en general, y algo de cómo puede ser la orientación de estos estudios según el grado de formación en que se halle el hombre en su trayectoria hacia el mando superior, hacia el mando en jefe.

Importante es la *Historiografía* en ese reparto de formas de la Historia que narran distintos hechos, de manera peculiar y con distinta orientación, intensificando y analizando diferentes materias y facetas en un mismo hecho histórico, siempre dentro de la verdad. La Historia, además de arte es también ciencia, pues modernamente se aplican en su estudio procedimientos de investigación y de interpretación, aportados por la lógica y metodología de las ciencias. La Historia se introduce en los ámbitos de la Naturaleza y del espíritu y nos interesa considerar los hechos haciendo referencia, tanto a su modo de ser, como a su evolución, a la Historia pura, como a su esencia: Filosofía de la Historia.

Para terminar estas líneas quiero transcribir un párrafo de Liddle Hart, de su libro ya citado: «*La estrategia de aproximación indirecta*», con conceptos en sus líneas, no solamente aplicables a la estrategia, sino a la táctica y a la vida militar en general. Es párrafo elocuente y responde a una clara idea: «en toda carrera activa —dice— y muy especialmente en la militar, el alcance y posibilidades de la experiencia directa son extraordinariamente limitadas. En contraste con la profesión militar, la del médico puede proporcionar una práctica continua y, no obstante, los grandes progresos de la Medicina se han debido también, con más frecuencia, al investigador que al práctico general». Ello es obvio: el médico se enfrenta a diario con la realidad de su profesión, con la lucha contra la enfermedad y contra la muerte. El militar —¡gracias a Dios, pues otra cosa iría contra el bienestar de los hombres!— no está a diario en guerra, su experiencia y *con ésta su mentalidad profesional*, aparte de en las campañas en que sirva, y en la eficaz simulación que son los ejercicios de combate y maniobras de tiempo de paz, aparte de en el estudio y aplicación de los reglamentos tácticos, ha de basarse grandemente en la experiencia ajena, considerando hechos y analizándoles con sus causas y sus efectos; es decir, basarse en un adecuado estudio de la Historia, *Maestra de Vida*.